

**COMUNIDAD LASALIANA: VOTO DE ASOCIACIÓN
APORTACIÓN DE LOS DOCUMENTOS INTERNOS
DEL INSTITUTO DE LOS HERMANOS
DE LAS ESCUELAS CRISTIANAS
DESPUÉS DEL CONCILIO VATICANO II**

Janusz Robert Robioneck fsc

*Tesina presentada ante la Universidad de Salamanca
Instituto Teológico de Vida Religiosa
Madrid 2009*

El objeto de esta tesina de Teología de Vida Religiosa es presentar la comunidad lasaliana y uno de sus votos específicos: el voto de asociación.

La primera comunidad lasaliana fue fundada por San Juan Bautista de La Salle como respuesta a la llamada de Dios. El carisma que le concedió el Espíritu Santo le llevó a dedicarse a la educación de los jóvenes, especialmente de los pobres.

Para cumplir esta misión educativa reunió a maestros, algunos de los cuales ya se ocupaban de la educación de los jóvenes de las familias de clase pudiente. A quienes desearon dedicarse a esta tarea, les organizó seminarios en los que recibieron la formación para poder dar clase a los alumnos. Con estas personas fundó la primera comunidad dedicada a esta misión.

Con el tiempo, el número de los maestros y de las comunidades creció, surgiendo el Instituto de los Hermanos de las Escuelas Cristianas, dedicado a la educación de los pobres. El Instituto se hizo presente en muchas partes de Francia. Juan Bautista de la Salle envió a Roma a Gabriel Drolin para que recibiera la aprobación papal de la nueva familia religiosa. La fama de la organización de la enseñanza, las cualidades de los maestros y el espíritu de las comunidades lasalianas consolidaron esta obra en la que se atendían gratuitamente a los niños pobres. El compromiso exclusivamente educativo de todos los miembros llevó a introducir un carácter laico en todo el Instituto, para asegurar la dedicación total de los nuevos religiosos a la educación de los pobres. Por eso, desde los orígenes, todos los miembros se llamaron *Hermanos* y no recibieron la ordenación sacerdotal. Desde entonces son laicos consagrados a Dios.

La consagración del Hermano hunde sus raíces en el bautismo. El Hermano se entrega a la Santísima Trinidad, para procurar la gloria de Dios y Éste lo consagra cada Hermano está enviado y sostenido por la comunidad en la misión educativa y en el cumplimiento de todas las exigencias de la vida religiosa. Los votos específicos de asociación para el

servicio de los pobres y de estabilidad en el Instituto expresan la responsabilidad con que el Instituto quiere cumplir en la Iglesia su misión.

103

En la conclusión de mi trabajo subrayo los principales aspectos que he ido desarrollando a lo largo de mi estudio, a la vez que deseo presentar las líneas fundamentales que permitan seguir profundizando en la reflexión. Lo presento en 10 puntos, a modo de decálogo:

1. Desde sus orígenes, la vida religiosa se caracterizó por participar de la misión de la Iglesia. La misión a que está llamada es la dimensión esencial del carisma de cada uno de los Institutos religiosos. Todo carisma en la Iglesia es misionero, lo cual significa que no hay forma de vida religiosa que no sea misionera. La vocación cristiana, particularmente la de la vida religiosa, es el seguimiento existencial de Jesucristo. Por eso las familias religiosas representan a Cristo en el mundo, subrayando diferentes aspectos de su misión. El Espíritu Santo, que concede a la Iglesia el don de la vida religiosa, quiere que todos los aspectos de la misión de Jesucristo estén representados plenamente; por eso, los diferentes Institutos religiosos –en unión y complementariedad con el conjunto del pueblo cristiano– participan en la misión de la Iglesia, con un estilo específico en cada caso. En esta misión, tiene un valor relevante la comunidad religiosa, que une a personas apasionadas por Dios para que se dediquen a manifestarla en diferentes ámbitos de la vida humana. Estas personas no son individuos aislados, sino que por vivir su vocación del seguimiento de Jesucristo en una fraternidad religiosa, se unen y asumen esa responsabilidad manifestada en la misión encomendada al Instituto.

Podemos decir que misión y comunidad siempre han caminado unidas. Esto nos lleva a afirmar que la misión crea la comunidad, que es por su naturaleza misionera. Por eso, Juan Bautista de la Salle creó las comunidades de maestros para la misión educativa de los jóvenes, especialmente de los pobres. Los creó con el fin de dar educación cristiana a los hijos de los artesanos y de los pobres, creó las escuelas para que aprendieran gratuitamente a leer, escribir y aritmética, y para que recibieran la formación de buenos cristianos. Se dio cuenta también de que la escuela cristiana necesitaba una comunidad de religiosos totalmente dedicados a la tarea educativa. De lo dicho, se deduce igualmente que no puede haber escuela sin comunidad. Hoy también debemos ser conscientes de la importancia de la comunidad lasaliana en la misión educativa del Instituto: cada miembro de la comunidad debe sentirse enviado a esta misión y apoyado en ella para poder realizarla con el espíritu que se requiere.

2. En la actualidad nos encontramos con un serio problema en la vida religiosa: ser conscientes de nuestra identidad. Desde el Concilio Vaticano II, podría decirse que la vida religiosa ha perdido los rasgos diferenciadores y el estatus de una vida especial. Este es uno de los problemas a los que se enfrentan muchos Institutos de vida religiosa, afectados por los rápidos cambios vividos y por la influencia de los medios de comunicación que tanto influyen en nuestra sociedad. Antes, la vida religiosa vivía el prestigio de pretender una vida de perfección, a partir de los consejos evangélicos; pero hoy la santidad no es un privilegio de la vida religiosa, sino una obligación de todo cristiano, por el hecho

de estar bautizado. En esta situación, la vida religiosa ha podido quedar desplazada de alguna manera, en este momento de fuertes cambios sociales.

Hemos situado una de las causas de este problema en los cambios de la sociedad, pero es necesario indicar también que esta situación se hace particularmente complicada por la edad que los miembros de los Institutos tienen en la actualidad, por la complejidad de las obras y la responsabilidad que implican, la falta de nuevas vocaciones, etc. Esta situación hace que los religiosos se sientan sin fuerzas para poder responder a la misión del Instituto.

Después del Concilio Vaticano II, se observa que en muchas de las obras de los Institutos religiosos hay personas seglares que participan en la misión. El problema de la identidad tiene más fuerza en los Institutos de vida religiosa laical, y como es lógico, también es el caso de los Hermanos de las Escuelas Cristianas. Por otro lado, en la misión educativa de ese Instituto participan muchos colaboradores seglares. En este caso, la pérdida de la identidad es más fuerte en el Hermano, porque trabaja colaborando con los seglares y observa que realizan similares tareas. ¿La solución? En esta situación, para no perder su identidad, se debe subrayar el modo concreto de ser Hermano, de ser de Dios, la especificidad de su vida y lo que es. Se debe descubrir de nuevo el sentido de ser religioso en el mundo. La identidad del Hermano no reside en lo que hace, sino en lo que es. Es necesario resaltar que el Hermano es una persona consagrada particularmente a Dios. La reflexión sobre la identidad deberá ser continua para ir consolidando periódicamente su ser más íntimo y para dar vitalidad a su consagración. Cuando la identidad del Hermano esté proyectada adecuadamente en su testimonio, es más clara y tiene la energía suficiente para comprometerse en la misión de los jóvenes, especialmente de los pobres.

3. La reflexión sobre la identidad del Hermano como consagrado puede llevar consigo una dificultad añadida: existe el peligro de situarse de una forma distante de aquello que le une con el resto de la Iglesia. El Concilio Vaticano II nos presentó a la Iglesia como Pueblo de Dios; a este Pueblo pertenecen todos los creyentes por el bautismo. El Hermano es uno de ellos. El bautismo nos incorpora a la misión de la Iglesia que cumple la misión de Jesucristo en el mundo. Cada uno es responsable de la misión común, según su estado. Los ordenados al sacerdocio deben dedicar su vida al servicio de la Iglesia, Pueblo de Dios; en cambio, los bautizados laicos ejercen esta misión de diferentes modos por su testimonio de vida familiar, profesional, etc. El laico, participando en la misión de la Iglesia, se hace signo para el mundo por su testimonio del amor en el servicio a los demás, del sacrificio de cada día, del trabajo, etc. Este signo tiene mucha importancia en todos los ámbitos de la vida humana, pues representa a Jesucristo presente en ellos. Entre los laicos religiosos los Hermanos de las Escuelas Cristianas están llamados a dar su testimonio de vida como personas consagradas, pertenecientes al laicado religioso de la Iglesia. Este carácter laical del Instituto fue defendido desde sus orígenes. Por el bautismo y por su consagración religiosa, el Hermano debe ser consciente de su vocación específica en la Iglesia y en el mundo desde su aportación particular como Hermano de todos los hombres, particularmente de los jóvenes a quienes sirve.

4. La misión educativa del Instituto de los Hermanos de las Escuelas Cristianas surge del carisma que recibió su Fundador, Juan Bautista de La Salle. El carisma es un don del Espíritu Santo para la Iglesia; gracias a este don, la Iglesia puede cumplir su misión en el mundo, respondiendo a las necesidades de los hombres de su tiempo. El Espíritu Santo concede sus dones a los fieles, no para su bien particular sino, sobre todo, para el bien común de toda la Iglesia. La acogida de este don por parte del hombre sirve para la edificación de la Iglesia y para la fundación de un Instituto religioso con una misión especial. Los Institutos religiosos tienen gran importancia en la renovación y adaptación de la Iglesia en el mundo.

A Juan Bautista de La Salle le fue concedido este don particular en el ámbito de la educación de los jóvenes que se encontraban necesitados de formación humana y cristiana. Su respuesta a este don fue la fundación del Instituto de los Hermanos de las Escuelas Cristianas, creando las escuelas para los jóvenes, especialmente para los pobres. Los continuadores de su carisma hoy son los Hermanos de dicho Instituto, que desean seguir profundizando este carisma, en el que ven una riqueza muy grande para la Iglesia y para el mundo contemporáneo. El carisma del Instituto lleva consigo la consagración a Dios para cumplir, asociados, el ministerio apostólico de la educación. Podemos decir que los Hermanos son consagrados por y para la misión educativa. Este carisma hace que los Hermanos se preocupen en conocer a fondo la realidad de sus alumnos para poder responder a sus necesidades, tarea que comparten con sus colaboradores seculares. Los Hermanos son conscientes de que cuentan con muchos compañeros seculares para llevar adelante el carisma de San Juan Bautista de La Salle. Este es el motivo por el que el Instituto ofrece diferentes modos de comprometerse en la misión, entendiendo que el carisma no es propiedad exclusiva de los Hermanos y puede iluminar los diversos modos de vida de todos los que se comprometen con la misión lasaliana.

5. San Juan Bautista de La Salle era sacerdote y vivió con celo su ministerio, como corresponde a una persona realmente vocacionada. Pero no quiso que los Hermanos fueran sacerdotes, convencido de que la vocación de la educación cristiana tiene una entidad específica que llena completamente la vida de la persona que se compromete con ella y que es de *especial necesidad* para la Iglesia. Durante algún breve tiempo La Salle se planteó la posibilidad de que los Hermanos, al menos algunos, fueran también sacerdotes, para que la atención pastoral de las obras nacientes fuera más completa; pero desistió de la idea y se reafirmó totalmente en su deseo de que todos los Hermanos se mantuviesen en su estado laical.

Pero, lo realmente sorprendente, es que en todos sus escritos San Juan Bautista de La Salle se refiere a la vocación del educador cristiano como un *ministerio*. Esto supone una auténtica revolución, de la cual la Iglesia, creo, no fue consciente, pues en aquel momento sólo se consideraban ministerios los propios de las personas ordenadas. Sólo a partir del Concilio Vaticano II se inició un replanteamiento de la Teología de los ministerios en la Iglesia. Y aún hoy, consideramos que no se ha asumido a nivel eclesial la importancia que supone el ministerio de la educación cristiana, como plataforma de evangelización para las generaciones jóvenes.

Si los Hermanos se han negado a incorporar el sacerdocio en el Instituto, a pesar de las insistentes llamadas a repensar esta decisión, no ha sido por cabezonería: lo que nos ha movido a mantenernos en nuestro carácter laical ha sido fundamentalmente la convicción de que ése es nuestro estado y de que nuestro ministerio ya está *completo*. La educación cristiana es un ministerio fundamental, de primerísima necesidad, y deseamos vivirlo como Hermanos: Hermanos entre nosotros y Hermanos de aquellos a los que se nos envía. El término *ministros de Cristo*, muy utilizado por San Juan Bautista de La Salle, hace alusión al envío que recibimos por parte de Jesús, para re-presentarle entre los jóvenes, como *menores* (ministro viene de *minus*), como quienes sirven. Somos maestros (*magister, amo*), pero vivimos como servidores, al lado de las personas, de los jóvenes, al lado de nuestros compañeros seculares, intentando ser mediadores de la presencia de Cristo en un mundo que actualmente vive sin tener conciencia de la presencia de Dios.

6. Desde los inicios del Instituto, los Hermanos realizan su misión *juntos y por asociación*. Releyendo los orígenes, se descubre la fuerza que tuvo la asociación desde el primer momento. El vigor del Instituto naciente, sostenido en la experiencia de la comunidad, será lo que consolide la misión. La asociación enraíza a los Hermanos en la comunidad para desempeñar mejor la misión y es, a la vez, la garantía de continuidad tanto de la misión como de la comunidad. Entre los miembros del Instituto se produce la comunión que enriquece todas las relaciones interpersonales; esta fraternidad está en la base de las estructuras que sirven para potenciar las relaciones. La importancia de la asociación es evidente desde los orígenes del Instituto; de hecho, se expresó como voto específico. En la asociación como voto se manifiesta la confianza en Dios que llama a ser Hermanos y a vivir la solidaridad de todos ellos en la realización de la misión del Instituto. Los primeros Hermanos no hacían votos en el sentido actual: eso vino después, por una especie de imposición canónica. En aquel momento se asociaban a la misión educativa que hacían realidad en las escuelas fundadas para los pobres. La asociación de los Hermanos es un acontecimiento fundamental, tanto que es uno de los rasgos nucleares de la identidad lasaliana. La persona se asocia para colaborar en las obras educativas del Instituto, y es necesario subrayar que esta participación en la asociación se refiere más a la vinculación con las personas que al mantenimiento de las obras, pues de la asociación brota la comunidad de los asociados para la misión educativa.
7. Al descubrir la importancia de la asociación, se redescubre el valor de la comunidad en la misión lasaliana. La comunidad es el lugar en el que los Hermanos viven juntos, compartiendo la fe, el apostolado, la fraternidad. El carácter de la comunidad de los Hermanos se distingue por la fe. En ella, la fe los lleva a compartir su experiencia de Dios, al descubrir la presencia de Dios en todas sus tareas apostólicas. Elevando hasta las últimas consecuencias la opción por Dios y profesándola públicamente, quieren vivir el Evangelio en totalidad, radical y coherentemente. Son conscientes de que el seguimiento de Jesucristo es el objetivo de su toda la vida, y a ello se invitan mutuamente.

Es importante para ellos compartir la experiencia de Dios, de modo particular en la oración de cada día, cuando escuchan juntos la Palabra de Dios. La oración

comunitaria es su “*estar con el Señor*”, en comunión con Dios y con los demás. La oración comunitaria expresa la vida de toda la comunidad. Por eso, todos los miembros de la comunidad cuidan los momentos comunes de oración comunitaria. 107

La oración comunitaria les ayuda a todos a desarrollar el apostolado. Por eso, la vida comunitaria es el alma de la misión del Hermano y les permite ejercer mejor su labor educativa entre los jóvenes. La misión de la comunidad es dar testimonio de la vida cristiana, desde su aportación como consagrados. Su visibilidad en el apostolado supone la presencia de Jesucristo en el mundo de la educación. La visibilidad y el testimonio de la comunidad son muy importantes en la educación de los jóvenes porque, por medio de los Hermanos, los jóvenes pueden encontrar a Dios. Para ellos, la comunidad se convierte en el signo a través del cual Dios les habla. Podemos afirmar, a partir de lo dicho, que la asociación es un instrumento de construcción de la comunidad de Hermanos; en ella, todos comparten entre sí lo que son y lo que poseen. Redescubriendo la asociación y la importancia de la comunidad en la misión del Instituto, reconocemos que la fraternidad es el verdadero motor de su misión.

8. Hoy vivimos en un mundo en que se suceden muchos cambios que afectan a la sociedad humana. Estas transformaciones influyen en la Iglesia y, lógicamente, también en la vida religiosa, en sí misma y en su misión en el mundo. El progreso de la técnica y de la economía ha modificado incluso el sistema de la vida humana y ha agrandado el desequilibrio entre los ricos y los pobres, creando incluso grupos cerrados en cada uno de los sectores. En medio de esta mutación social, la misma experiencia religiosa de las personas se ha visto seriamente afectada. Es evidente el menor interés por la Iglesia, y particularmente entre los jóvenes: la cifra de los que se declaran creyentes católicos practicantes se ha reducido drásticamente y tiende a disminuir. Muchos de los jóvenes se sienten perdidos ante las muchas ofertas que les propone el contexto social. Junto a ello, la propuesta de la Iglesia a los jóvenes apenas se oye.

La Iglesia se encuentra con este problema en muchos países del mundo, especialmente en Europa. En estas circunstancias, adquiere particular relevancia la comunidad de los religiosos. Ellos, como personas consagradas a Dios, son testigos del amor de Dios a los hombres en el mundo. Su vida y su testimonio son una manifestación gozosa de su amor a Jesucristo. La comunidad de los Hermanos, por su servicio educativo a los jóvenes, manifiesta la presencia de Dios entre los hombres; son, para los jóvenes, testigos de la fe. El testimonio de la fe de individuos aislados es importante, pero el testimonio realmente fecundo es el de las diversas comunidades cristianas, y particularmente el testimonio de las comunidades religiosas por su vocación a ser hoy una presencia significativa de Jesús.

9. Hemos hablado de la comunidad de los Hermanos y de su importancia para la educación de los jóvenes. La comunidad lasaliana tiene un gran valor en la misión del Instituto, pues también a través de la comunidad de los Hermanos, los jóvenes deben ser educados para vivir la comunidad. El hombre, por su naturaleza, es un ser comunitario; podríamos decir que fuera de la comunidad

humana no puede desarrollarse intelectual y espiritualmente. Si ahora miramos la vida religiosa, observamos que se caracteriza por una vida comunitaria peculiar, aunque no exclusiva: su tarea educativa con respecto a los jóvenes afecta también a la tarea de educarles para vivir en la comunidad humana y cristiana y poder desarrollarse plenamente. 108

La comunidad lasaliana debe facilitar a los jóvenes el acceso a la comunidad de la Iglesia. A través de esta comunidad en la que todos somos hermanos y hermanas, los jóvenes tienen la posibilidad de madurar humanamente. Recibir el testimonio de los creyentes les invitará a aceptar el desafío de profundizar su fe. Es necesario reconocer el gran valor que tiene la comunidad de los Hermanos en el papel de suscitar el nacimiento de comunidades de fe. Será importante cuidar los procesos de discernimiento vocacional de los jóvenes. Para eso, la comunidad lasaliana no puede negarse a ser una comunidad abierta a los jóvenes, donde se facilite su encuentro con Dios y la acogida generosa a la llamada del Señor. De este modo, la comunidad de los Hermanos, por su trabajo con los grupos de jóvenes, será una comunidad que construye comunidades educativas que sean verdaderamente cristianas y lasalianas. Forma parte irrenunciable de su apostolado educativo.

10. Podemos percibir un menor interés respecto a la vida religiosa por parte de los jóvenes. Las comunidades religiosas se encuentran en una situación difícil. Este problema afecta también, lógicamente, al Instituto de los Hermanos de las Escuelas Cristianas. Hay distritos en los que, desde hace algún tiempo, no ha habido nuevas entradas de jóvenes con deseo de ser Hermanos y las comunidades son cada vez más mayores en edad, con la consiguiente influencia que esto tiene en las obras educativas del Instituto. La misión educativa necesita de referencias comunitarias de Hermanos que compartan su espiritualidad y su misión y estimulen la animación de estas plataformas educativas. Sin embargo, en estos tiempos percibimos la voluntad, por parte de los compañeros seculares, de colaborar más en la misión del Instituto: hay algunos de ellos que quieren comprometerse con una vinculación más explícita, comenzando por participar en los diferentes cursos de formación que se organizan para ellos en los distritos del Instituto. Algunos expresan su deseo de asociarse con el Instituto viviendo una misma espiritualidad lasaliana. Esto impulsa a los Hermanos a fomentar comunidades de asociados. También los asociados seculares comparten con los Hermanos su misión educativa y se enriquecen mutuamente al compartir la visión de la misión. La presencia de las comunidades de asociados en los centros educativos del Instituto da testimonio del seguimiento de Cristo y anima la tarea evangelizadora en cada uno de estos centros.